

SIN TIERRA NI PATRIA

- EL LIBRO LACRE II -



EDUARDO NORIEGA



Círculo Rojo
EDITORIAL



Círculo Rojo

“SIN TIERRA NI PATRIA”
EL LIBRO LACRE II

“SIN TIERRA NI PATRIA”

EL LIBRO LACRE II



EDUARDO NORIEGA SEIJAS

Primera edición: Septiembre 2020

Depósito legal: AL 1794-2020

ISBN: 978-84-1374-085-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Eduardo Noriega Seijas

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de la portada: Jet Alcaraz

© Imagen de la contraportada: Juan Venegas

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

ÍNDICE:

INTRODUCCIÓN	13
PRÓLOGO	19
1. ENFRENTADOS AL CAMINO Y AL DESTINO.....	21
2. LOBOS EN LONTANANZA.....	37
3. INQUINAS ENTRE PAREDES DE PIEDRA.....	49
4. GRAVAMEN REAL, EN LA PAZ Y EN LA GUERRA	65
5. NADA EN LAS ALFORJAS.....	79
6. ÓRDENES DEL DUQUE: CÚMPLANSE.....	91
7. RIESGOSAS TRUHANERÍAS EN KADAK	107
8. ANTE EL CAMINO OTRA VEZ: LA CONDENA DEL PRÓFUGO	125
9. NECESIDADES QUE HAN DE CUBRIRSE.....	137
10. TESTIMONIO DE UNA SUPERVIVIENTE.....	145
11. ESTO ES LA GUERRA: SIN PROVISIONES NO SE PUEDE VENCER.....	155
12. ACABAR CON EL MONSTRUO, SEA COMO SEA.....	169
13. FIGURAS DE DRAGONES Y ACERTIJOS	179
14. INTENCIONES DECLARADAS.....	195
15. REPENTINA SORPRESA EN LAS CALLES DE LA CIUDAD DE OTRO	207
16. MENDIGAR AYUDA NO ES AGRADABLE PARA NADIE	221
17. AYUDA CÓMPLICE.....	231
18. EN CASA DEL PERFUMISTA.....	241
19. LOS REMIENDOS EN EL ALMA, LAS NOBLEZAS INNOBLES	253
20. SOBRE UN PLATO DE SOPA, LA LUCHA LO ES MENOS	273

21. AQUELLA TARDE SE CUMPLÍA EL PLAZO ANUNCIADO.....	291
22. BAJO LA LLUVIA, EN LA CASA DE LA ABUELA	305
23. INVITACIÓN A CENAR ENTRE SAL Y GAVIOTAS.....	317
24. OSCURO PASEO DE VUELTA A OTONOMÍA.....	331
25. DE ESCAMAS Y PLUMAS.....	337
26. UNA PARADA EN LA POSADA	349
27. DE NUEVO HACIA LAS TIERRAS DEVOTAS	367
28. ACOMODADOS EN UN CARRUAJE	383
29. YUXTAPUESTOS AL PELIGRO Y A LA PELEA POR LA VIDA	401
30. RECONQUISTA Y SOMETIMIENTO.....	411
31. ES CONVENIENTE PREPARARSE.....	423
32. FISURAS QUE GUARDAN MENSAJES ENTRE LOS DIOSES.....	441
33. LO QUE SE BUSCA SE HALLA, TARDE O TEMPRANO	459
34. ES IMPOSIBLE MIRAR ATRÁS: ADELANTE ESTÁ EL RISCO.....	477
35. XERÓFILOS EN RIESGO DE AHOGARSE.....	493
36. INMERSOS EN UNA BATALLA ENCHARCADA.....	503
37. ORILLAS ARENOSAS Y ENCUENTROS ANSIADOS.....	527
38. NOVEDADES CASI AL FINAL DEL CAMINO	539
39. ANSIAS DE DOMINACIÓN	551
EPÍLOGO	557

APÉNDICES	561
1. MAPAS.....	561
2. PERSONAJES – LINAJES	569
3. SOCIEDAD – HISTORIA – LENGUAJE.....	576
4. MAGIA.....	578
5. CUENTA DEL TIEMPO	580
6. RELIGIÓN – DIOSES	581
7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.....	584
8. BESTIARIO	587
AGRADECIMIENTOS.....	591

INTRODUCCIÓN

Lo que sigue es la continuación del tomo primero de la serie «*El Libro Lacre*», que fue titulado, seguramente en un día de inspiración demasiado fúnebre, «*Todos los días muere alguien*».

Por su génesis accidentada, este ha resultado con la extraña forma que aquí se muestra pero, en todo caso, es un libro muy capaz de ser leído de forma independiente.

Se añade ahora esta introducción, sobre todo por un motivo: avanzar que al final se adjuntan unos apéndices que completan la información sobre esa tierra peligrosa y fantástica que es Homeria, aclarando que se puede seguir el relato perfectamente sin pasear los ojos por ellos. Si leer este tipo de documentación adicional le resulta aburrido a alguien, puede obviar su existencia y centrarse en la narración.

En cambio, si se sintiera curiosidad sobre cualquier aspecto de la vida en ese lugar, tal vez halle la respuesta en esas páginas finales.

Creo especialmente útiles para el lector dos de esos apéndices. El primero son los mapas, elemento tradicional en este género. Hay mapas generales de toda Homeria y de detalle, de cada uno de los territorios y de otros hechos o edificios de relevancia. La idea es que ayuden a situar la acción en un lugar que nuestras mentes desconocen por completo hasta que se posan sobre la primera de estas letras. Si acaso hubiese algún error o falta de arte en esos mapas, toda la culpa es únicamente del autor, que en algún momento se creyó también ilustrador.

El otro apéndice a destacar es el que recoge los nombres de los personajes agrupados por clanes. Al fin y al cabo, en tantas páginas y con una mente tan embrollada como la mía, es normal que hayan resultado unos cuantos, de los que hasta yo mismo me olvidaba a veces. Tal vez ese apéndice coadyuve a recordar algún protagonista proveniente

del tomo anterior y que puede no haberse leído (error u olvido imperdonable que debe repararse tan pronto se pueda). Está organizado según los linajes principales de los que se habla, con una brevísima descripción de alguno de ellos, y en el orden aproximado en que aparecen en la narración.

Lo que no aparezca ahí, queda confinado a la cárcel de mi cabeza.

Se han añadido respecto al primer volumen, en aras de la continuidad de la narración, notas a pie de página con el significado de algunas palabras de uso extraño en nuestros días pero más habituales en la Homeria de entonces. Otros elementos como monedas, pesos, longitudes y otras unidades de medida, o dioses, animales y más elementos de uso habitual en el texto, descritos más ampliamente en los apéndices, también son referenciados a pie de página con la misma intención.

Dicho esto, solo queda desear que se disfrute lo que sigue al menos tanto como disfrutó el autor con su escritura.

Feliz lectura.

PRÓLOGO

Me gustaría dormir más, aunque sé que así viviría menos.

Para él es diferente. Dormir. Tiene que dormir más. No sé si tenerle tanto tiempo despierto con mis cuentos le viene bien. Estoy aumentando, aun sin quererlo, su cansancio.

Pero también es cierto que cuando duerme no lo hace bien. Se revuelve en sueños, como si alguien de entre ellos le estuviese haciendo mal y luchase contra él, no sé cómo. Su sueño no es reparador, no descansa. Suda. Se estremece. Aunque eso bien pudiera ser a causa del mal que le atosiga.

Vaya, parece que despierta. Voy a abrir la ventana, a ver si entra algo de luz. Y calor. El calor del sol le hará bien. El sol ya caldea todo pero, aunque esté sudando cuando duerme, al despertar se cubre con las sábanas, como si el frío lo atenazase.

—Hola, abuelo.

¿Estaré soñando, o habla como un moribundo? Es igual, debo responder.

—Hola. ¿Qué tal te encuentras hoy?

—Mejor.

—Siempre me dices lo mismo. Voy a comenzar a no creerte.

—¿Puedes continuar? Lo dejaste en un punto en que comenzaba a ponerse interesante...

—¿Comenzaba? Me tienes aquí regalándote viejas historias que mi cabeza canosa casi ni recuerda, ¿y me dices que no son interesantes?

Una sonrisa. ¡Qué extrañas son ahora! Antes las exhibía todos los días, siempre reía. Pero ya no.

—Sabes que bromeo, abuelo...

—¡Ah, bueno! En ese caso, tal vez pueda continuar. ¿No prefieres volver a dormir? ¿O comer algo? ¿Tienes sed?

—Tranquilo, estoy bien. Pareces la abuela, con tanto ofrecerme comida —¿No podría bromear así siempre, por unos años más, por unas décadas más?—. Sigue, por favor, a partir de donde lo dejaste ayer.

—¿Dónde era? Mi cabeza no es lo que era, se me olvidan las cosas.

—No sé. Y no me mientas. Te tienes que acordar de mucho más que lo que me haces ver, al menos de esto, pues no tienes libro del que leer este cuento.

¡Vaya! Sí que tiene la mente despierta. ¡Qué triste es, que el cuerpo se agoste mientras la mente aún es capaz! Podría hacer tantas, tantas cosas, con solamente disponer de un poco más de tiempo.

—Es que esto lo aprendí cuando niño, ya sabes. Y sí que tengo un libro que lo recoge, no creas. Todos los años lo vuelvo a hojear. Es por eso que lo recuerdo, pero no todo. Hay cosas que se me escapan.

Que no sea modesto, me dice con la mano... Con gusto daría mi vida por la suya. ¿Por qué no podrá hacerse cambio como ese, cuando todo lo aconseja y ambas partes están de acuerdo? El comercio es cosa que ha mejorado la vida de tantas gentes, que uno se acostumbra a la idea de que comprarlo, trocarlo o venderlo todo es algo que beneficia al mundo. Pero ni eso es cierto, ni se puede mercadear con todo lo que uno quisiera.

En fin. Allá voy con mi negocio, lo único que puedo ofrecerle en estos días... un triste cuento, un cuento triste.

—Bien. Allá voy. Creo que estaban huyendo, ¿no? Habían llegado a las montañas...

1. ENFRENTADOS AL CAMINO Y AL DESTINO

Río Breve, Montañas Heladas, ciclo de la Cosecha del año 3469 tras la Gran Caída

Caminar no puede ser algo malo si se hace en lugares como aquel. Lugares de una belleza tal que inflama el espíritu, aquietta los temblores del alma, y hace que uno pueda al tiempo admirar lo que le rodea y abstraerse de ello, como si no existiese. Pero podía resultar cansado.

Ante ellos se podían vislumbrar las Montañas Heladas, en su flanco oriental. En aquel punto aparecían tal que si hubieran sido cortadas por un enorme cuchillo de pastelero, en escarpadas paredes de inclinación vertiginosa que ascendían estadios¹ y estadios, y coronaban en una planicie pelada de vida. Mas aquellos cortes hechos en la montaña por una mano tan invisible como imposible estaban lejos unos de otros en aquella cañada: entre ambos discurría el plácido y amplio paso por el que los fugados descendían un lluvioso mediodía. Tras los primeros días de lluvias el dulce aroma del petricor² imperaba en el ambiente. A la izquierda del paso según descendían, unas cuantas cuerdas³ por debajo del nivel en el que caminaban, el río Breve, saltarín en su descenso, colaboraba en el viaje con un soniquete de burbujeos y murmullos constantes. Incluso Lenn, experto melómano del viaje, valoraba la belleza del sonido que el río producía bajo sus pasos. Tarareaba tonadas armonizadas con aquel apaciguador runrún, en ese momento fundido al susurro de la lluvia, lo que provocaba la sonrisa de Anna y una mirada de rendi-

¹ Estadio o arcotán: unidad de longitud, equivalente aproximadamente a unos 175 metros. Véase APÉNDICE 7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.

² Petricor: el distintivo aroma que acompaña a la primera lluvia luego de un largo periodo de sequía.

³ Cuerda: unidad de longitud, equivalente a algo más de diez metros. Véase APÉNDICE 7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.

ción de Córnel. Dominó no protestaba, impermeable a los sonidos de los humanos o del ambiente, ya fuesen armoniosos o estridentes.

La vegetación no existía en aquel lugar, o si existía, se escondía lejos de la vista del viajero. El único verdor que se apreciaba era el del musgo que ribeteaba el cauce del río, allá abajo. Las plantas, los animales y bestias también simulaban no existir en aquel sitio, a excepción de unas rapaces que se recortaban de tanto en tanto contra el azur del cielo y parecían vigilar su camino. Así se explicaba lo poco concurrido del lugar y la razón por la que lo habían escogido como paso para atravesar las Montañas Heladas, pese a lo inhóspito y difícil que era el tránsito por aquel paraje, incluso en aquella época: a pocos días de finalizar el ciclo⁴ de la Cosecha, aún no se habían extendido las bajas temperaturas en otros lugares de Homeria, pero allí eran tan constantes como las estrellas en el cielo nocturno. Viajar al este por el paso de las montañas era preferible a atravesar las Llanuras Divisorias, zona mucho más concurrida en soldados de uno u otro bando, si lo que se busca es el sigilo y la soledad.

Córnel y compañía aguardaban a que el río Breve tranquilizara su cauce lo suficiente como para poder utilizarlo en su provecho. En el refugio de la cima de la montaña les habían contado los cordiales alberguistas que río abajo había gentes que transportaban pasajeros y mercaderías sobre esquifes fabricados con troncos de eucalipto unidos con cordajes y sellados con resina a cambio solo de unas pocas monedas. Así se aceleraba notablemente el tránsito por el paso y se facilitaba el comercio de aquellas desabridas rutas con las poblaciones del valle.

—¡Hagamos un alto, por la Roca de la Gran Caída! No creo que pueda dar dos pasos más. —Lenn se dejó caer contra un pedrusco, peligrosamente cerca del abismo hacia el río.

Córnel y Anna, se detuvieron al unísono, pero no antes que Dominó que, en cuanto Lenn detuvo su marcha, se paró a su lado y se sentó sobre sus cuartos traseros, aguardando nuevas indicaciones. Era quien más había cambiado de los caminantes, al menos en cuando a su aspecto. En las semanas que habían transcurrido desde su fuga de El Hayal, cuando se produjo su reencuentro, había engordado gracias a las

⁴ Ciclo: unidad de medida del tiempo en Homeria. Su duración equivale aproximadamente a dos meses y son llamados Gélido, Nubloso, Florido, Tórrido, de la Cosecha y Senescente. El año comienza el trigésimo día del ciclo Gélido. Véase APÉNDICE 5. CUENTA DEL TIEMPO.

comidas regulares. Una tarde en que una tormenta no hacía aconsejable el viaje, Anna se había pasado horas desenredando y aseando su larga melena, espulgándola con esmero, al punto que el animal que resultó de aquella sesión no parecía el mismo que la había iniciado. Le había tomado un cariño que parecía ser mutuo y hacía arrumacos continuos al animalazo albinegro que parecía corresponderle con algún que otro lametón acariciante. En pocos días *se hicieron tan amigos como culeras y posaderas*. Pero a Córnel y a Lenn parecía importarles tanto el estado del perro como el color del suelo que pisaban. Así que Córnel, que llevaba el mando de la marcha y no quería retrasarse en algo que no creyese imprescindible, no dio oportunidad a la muchacha de llevar a cabo su tarea. Hasta el día en que el dios Termés⁵ convirtió el color del cielo azul de un día claro en el cárdeno de una tormenta. Aquello finalmente dio el tiempo suficiente a Anna para llevar a cabo su plan. Desterró, no sin trabajo, los nudos, el polvo y el lodo del pelaje del corpachón de Dominó, a la vez que se deshizo de aquella peste que también le acompañaba desde su reencuentro, más intensa que su fuerte olor habitual.

—Creo que podríamos parar un momento. Llevamos caminando desde el alba sin pausa, y este lugar, bajo este abeto tan denso, parece un sitio adecuado para descansar y reponer fuerzas.

La mirada de Córnel manifestó su acuerdo con las palabras de Anna y, sin palabra añadida de por medio, se apartó del camino hacia el enorme abeto señalado. También se aproximó Lenn, levantándose de la roca en la que se había plantado, contento como un colegial: al fin iba a lograr descansar como quería, tal vez incluso comer algo.

Se quitaron los abrigos y la socapa empapados, y los colgaron en las ramas más bajas del árbol, donde quedaron goteando al punto de que Córnel se dispuso a situar un cazo bajo ellos para recoger agua que beber. Hasta que miró al frente, y decidió que sería mejor el agua caída directamente del cielo que el que había pasado ya por unas telas sucias. Anna extrajo de su morral un tasajo de carne de vaca vieja para repartir y algo de queso curado en aceite, que guardaba envuelto en un paño. La vaca había que mascarla durante largo tiempo para que se ablandase y se pudiera comer, pero al menos era sabrosa. Y mejor que nada. Habían cambiado el queso en el refugio de la cima por unos cuantos

⁵ Termés: dios de los elementos naturales: mares, aguas, plantas, animales, meteorología, etc. Su símbolo es un pez sobre una hoja. Véase APÉNDICE 6. RELIGIÓN – DIOSES.

blesis ya que, aunque no fuese su valor real ni de manera aproximada, no disponían de más monedas con las que pagarlo. La huida furtiva y clandestina no era el negocio más rentable del mundo en aquellos días. Pero la vieja posadera se compadeció de aquellos tres viajeros que cruzaban por el páramo helado tan desvalidos y los ayudó en mucho más de lo que su marido y compañero en la gestión de aquel albergue hubiese deseado. Cuando partieron del refugio, los dos ancianos los despidieron en la puerta, como si fuesen sus familiares en el momento previo a un largo y peligroso viaje. Aún había personas con alma bondadosa por aquellas tierras.

Habían trocado ya casi todo lo que poseían de cierto valor, especialmente para pagar el pasaje de la barcaza de pesca en la que hicieron el trayecto desde Vigía del Oeste hasta Velisia, a lo largo del río Ferrison. Tuvieron que hacerlo con un añadido de confidencialidad al capitán para evitar que mencionase su carga tan dispar de aquel viaje a cualquier guardia ducal o condal que pudiese preguntar por ellos. No les quedaban ya más que sus ropas, que por suerte habían tomado para la época invernal el día que partieron y sus armas, que viajaban con ellos tan ocultas como fuese posible. Poco más tenían que pudiesen vender o cambiar para conseguir dinero o víveres.

Así, el curioso y pretendidamente esquivo grupo formado por esos cuatro seres tan diferentes, paró por unos instantes, ignorantes de cuán extraña era la mezcla que formaban: Córnel De Braas, un mocetón robusto y misterioso, serio como un buey y duro como piedra de amolar; Anna, una muchacha morena y alta de misteriosos ojos castaños y brillantes como ninguno, casi igual de seria a pesar de su juventud; un esbelto y a ratos parlanchín trovador de rasgos finos y ojos verdes recién escapado del ejército que atendía al nombre de Lenn; y para acabar, Dominó, un descomunal perrazo, de espesa melena blanca y negra, ojos bicolors escondidos tras una cortina de aquel pelo y pinta peligrosa, más incluso que sus tres compañeros juntos.

Con el queso y la carne, tomaron el cuarto de hogaza que la anciana hospitalera les había pasado sin que su marido lo viese. Con la vieja navaja de mango de narval de sus tiempos con el Viajante, que había logrado mantener con él durante su paso por el ejército del conde, Córnel dividió el trozo de pan en cuatro pedazos iguales. Lanzó uno a Dominó, que se había tirado a sus pies, y el resto tomaron los suyos. Todos comieron en silencio, viendo caer la lluvia ante ellos, hasta que

Lenn, que aún no había comido ni la mitad de su ración, decidió que el silencio le resultaba demasiado opresivo y había que acabar con él.

—Al pie de estas montañas está el lago del que partimos hace ciclos, ¿no? ¿Cómo se llamaba?

—Sí, así es, Lenn. El lago Refrescante —respondió Cornel.

—¿Y nos dirigimos hacia ese lago?

—Sí.

—¿Y luego, hacia dónde iremos? ¿O nos quedaremos en sus riberas un tiempo? Creo recordar alguna aldea de pescadores donde seguramente podamos establecernos unas semanas. En esos sitios tan alejados de las grandes ciudades seguramente no dispondrán de bardos o juglares, con lo que tal vez podría ganarme la vida..., creo.

—Tú puedes quedarte, si así lo deseas. Yo —Lanzó una mirada a Anna—, nosotros, proseguiremos viaje, hacia el este, remontando el Kas.

En las noches transcurridas desde su partida, la confianza y algo parecido al aprecio había aumentado entre los dos. Cinco días atrás Córnel había encontrado al fin en medio de sus inseguridades el momento para relatar a Anna algo que llevaba tiempo queriendo compartir con ella. Pero no le contó todo. Sentados en la litera de él, en el albergue, antes de ir a dormir, Córnel narró con voz monocorde cómo el conde Frey Mongaut lo perseguía desde que tenía recuerdos, por haber sido él quién provocó su manquedad en un acto irreflexivo de juventud. Y que, en aquel momento, tras su fuga de El Hayal, se dirigían hacia Quaxupao porque allí tenía conocidos que podrían ayudarlo a pasar desapercibido con más facilidad. Le contó además que así lograban alejarse de los dominios del conde, por más que la familia Benton estuviese de algún modo emparentada con los Mongaut, tras la boda de Frey con la condesa Mandoline Veassud Benton.

Pero nada le refirió del Libro, del Viajante, de su búsqueda, de sus años como mago. Demasiados problemas que transmitir a un compañero tan reciente, demasiados traumas con que turbar a una bella alma tan inocente de sus culpas como un bebé aún en el vientre de su madre, demasiados argumentos a favor de que le abandonase en aquel preciso momento, en que se estaba haciendo tan vital para él.

—¿Estás decidido a ir hasta tan lejos, únicamente para alejarte del general Barry? ¿Y hacia allá? Si fueses al sur, evitarías cruzar todo el condado, o al menos pasar tan cerca de El Risco.

—Vamos a Quaxupao.

El tono no daba pie a más réplicas, ni a más opciones. Los ojos pardos de Córnel eran en ese instante duros como de normal lo era su carácter y, desde la altura de su corpachón, miró al liviano Lenn sin intención alguna, pero no pudo evitar resultar amedrentador.

Tras el silencio impuesto por tan cortante réspice⁶, Lenn se dedicó a saborear su austera ración y regalar sus atenciones a Dominó, que parecía ser mucho más receptivo a una conversación amena que su dueño, como siempre, malencarado y adusto sin razón. Y además se había irritado con él, que no quería más que cultivar un ambiente agradable en la compañía. Algo que proporcionara más ánimos para el duro caminar de cada jornada, aún más en condiciones como las de aquel día, bajo aquel diluvio. Ingrato.

Lenn acarició al perro, que soportaba más que disfrutaba sus atenciones parado, tumbado a sus pies, mirando a algún sitio entre el abeto que les cobijaba y el camino que se prolongaba descendente, paralelo al curso del río. Cuando advirtió que el olor intenso y apelmazado del pelaje del animal tras la lluvia se estaba desplazando a sus manos, Lenn palmoteó el cuello de Dominó a modo de despedida y abandonó sus arrumacos, por inútiles.

Él sí conocía, de alguna manera, pues era imposible conocer al detalle todo lo que pasaba por la cabezota de rostro chato de aquel hombre, las intenciones de Córnel. Lenn sí que sabía de las habilidades de Córnel como mago, sabía de la razón de su búsqueda del anciano médico ambulante, de aquel gran, fantástico y teóricamente maravilloso Libro Lacre que iba a salvar a todos. Pero en tanto en cuanto su amigo no compartiese todo aquello con Anna, él no podría hacerlo. Una tarde se lo sugirió a Córnel, su aferruzado ceño se juntó aún más de lo normal, y le amenazó vívida y nítidamente con hacerle sufrir tanto como no había conocido nunca si hablaba del Libro o del Viajante a Anna antes de que él decidiese hacerlo. No gustaba de guardar secretos. Lenn era más dado a confesarlos, a generarlos, a prometerlos, incluso a jurarlos.

Acabaron el refrigerio con el único acompañamiento del casca-beleo del río y del aguacero, que no amainaba, ni parecía que fuese a hacerlo en varios días, tal era su intensidad. Se encajaron de nuevo las vestimentas de abrigo. Tras una palmada en el anca de Dominó por

⁶ Réspice: respuesta seca y desabrida.

parte de Córnel, el primero se puso en cabeza, declarando con muda anuencia por el resto la reanudación de la marcha.

No llevaban ni media legua⁷ caminada, cuando una sombra ocultó la luz del sol. Fue solo un instante. Suficiente para que Córnel lo advirtiese y gritase:

—¡Ocultaos, todos!

Fue como vaciar un cubo de agua sobre un hormiguero: cada uno se desperdigó hacia donde pudo, huyendo de un peligro que no sabían de dónde venía, pero que era cierto, que estaba ahí. Durante unos momentos estuvieron cada uno oculto en su madriguera, tras su roca, en su copa de árbol, mirando a todos lados sin ver nada. La mirada de Córnel estaba entrecerrada, recelosa de todo, orientada ora aquí, ora allá, intentando averiguar por dónde iba a llegar aquel nuevo desafío. Hacía días que sentían una presencia tras ellos: ruido de arbustos movidos donde se habían parado a comer, guijarros que caían de la ladera del monte como si alguien al pasar los hubiera hecho caer, pájaros que alzan el vuelo asustados de algún extraño que turba su paz. Alguien había logrado seguir sus pasos y cada jornada estaba más cerca.

Un aullido cruzó el aire.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Calla, Lenn! ¡Escóndete y no hables! —ordenó Córnel.

Dominó gruñía, con la cabezota a ras de suelo, las barbas rozando la tierra, al lado de Córnel, su amigo y compañero. Una indicación y saltaría a por quien fuese. Pero ni él era capaz de encontrar el origen de aquella amenaza, más temible cuanto más incierta. Por eso aguardaba, preparado, quieto como camaleón al acecho, a que se desencadenara el ataque.

No lo hubo.

Pasó el tiempo y no sucedió nada. Solo se escuchaban el río y la lluvia, que continuaban su charla.

Anna, probablemente la más práctica de todos, pues no estaba tan asustada como Lenn ni era tan suspicaz como Córnel, fue la primera en hablar. Se había ocultado tras un peñasco que encontró en el borde del camino, unas brazas⁸ más allá de donde se desperdigaron

⁷ Legua: unidad de longitud, equivalente aproximadamente a 5250 metros. Véase APÉNDICE 7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.

⁸ Braza: unidad de longitud, equivalente aproximadamente a 1,75 metros. Véase APÉNDICE 7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.

todos tras el susto inicial. Pareció que fue el liquen que cubría la roca el que habló, tan bien se había escondido.

—Creo que ya podemos salir. No hay nadie, ni nada.

—Un momento.

La voz de Córnel, susurrante, en un intermedio imposible entre que sus amigos lo escucharan y que el enemigo no pudiera oírlo, fue la de alguien que aún creía que había riesgo en el ruido.

Lenn bufó, harto. El dolor en el culo por llevar ya un rato sentado sobre una rama baja de un abeto, con las piernas encogidas, podía más que el supuesto, pero seguro que inexistente, peligro. Como tantas veces, no podía deberse sino a esa desconfianza innata en Córnel, exagerada hasta el extremo. No pudo más y, con un salto, ágil cual ardilla, bajó de la rama.

—¡Hala, ya está! ¿Quién hay ahí?

Cuando nada más que el runrún de la lluvia respondió, Lenn se permitió hacer un gesto hacia el escondrijo de Córnel, abriendo los brazos y negando con la cabeza varias veces. Intentaba hacerle ver, a él y al resto, que su creencia en que eran continuamente acechados por desgracias, que luego no llegaban, era desorbitada. Así no se podía ir a ningún sitio.

—¿Ves? Nada.

—Algún día tendré razón. Y el día siguiente a ese día, será el de tu entierro —respondió malhumorado Córnel.

Se sacudieron el polvo y la suciedad de sus escondrijos respectivos, que se había pegado a las ropas, mojadas por la lluvia. Dominó se sacudió como solo los perros saben hacer.

Continuaron.

Ninguno quería reconocerlo, pero esa vez se habían asustado de veras. El aullido había sido perceptible para todos. Aunque la tiniebla que llegó justo después, la que había provocado la espantada y la orden de Córnel para esconderse, no había sido tan evidente, aquel día los cuatro tuvieron una indudable demostración de que algo, o alguien, había pasado por allí.

Y seguro que iba tras ellos.

Córnel caminaba aún ayudado por el cayado Julio, que en tan abruptas escarpas se demostraba mucho más valioso que en los llanos. Soportaba y aliviaba parte del peso de su corpachón, que si bien habíase aligerado en las semanas de enfermedad y en los días de marcha, aún

seguía siendo más pesado que el de cualquiera de sus compañeros. Tanto se había acostumbrado a su uso, que decidió llevarlo consigo incluso tras no necesitarlo. Pasó a ser un aditamento más de su persona, como su vieja navaja con mango de cuerno de narval. No quedaba en esos días rastro de la cojera en su pierna, y había incluso probado su estado con carreras ocasionales, que no denotaron lesión alguna. Sin embargo, la cicatriz que le atravesaba el muslo zurdo quedaría como recuerdo de aquel tajo mientras Córnel viviese.

El camino descendía abrupto, en una media ladera grabada en la roca de las Montañas Heladas. En las cimas más lejanas, pese a lo temprano del ciclo, se aventuraban las nieves perennes que coronaban los picos más cercanos al cielo. La altura sobre el arroyo en el fondo del despeñadero hacía suponer cuál fue el destino de los canteros que se precipitaron hacia allá en un mal paso durante la construcción. En las paredes del lado montaña de la senda se apreciaban, aun tras tanto tiempo transcurrido desde aquellos trabajos, las heridas de las herramientas que picaron la piedra: rozaduras de los picos, cicatrices de las mazas, excoriaciones de las palas, llagas de las gradinas, mataduras de las gubias, surcos de los trinchantes, raspaduras de las bujardas, resultando en alguna zona lienzos de roca viva lisos como la piel de una doncella y otros marcados con todas esas consecuencias tanta brega contra la piedra, excrescencias de una glíptica⁹ embrutecida para un trabajo a gran escala como aquel. No era complicado imaginarse un regimiento de canteros, ilotas¹⁰ y asalariados, junto con algún maestro de obras que observaba desde algún sitio acomodado y regía las tareas. Y las decenas, tal vez cientos, de carretas y acémilas extrayendo el material excavado que de seguro se utilizó para el firme en algún otro de los caminos en la zona.

Gracias a aquellos anónimos héroes de los caminos, los cuatro viajeros eran capaces de transitar por el paso de las Montañas Heladas en un trayecto que, aunque a ellos se les antojase duro, no podía compararse con las montañas asilvestradas, sin senderos que las atravesasen. Antes de construirse aquel sendero excavado en la piedra caliza, oscura y ligeramente veteada en tonos blanquecinos de las Montañas Heladas, solo las bestias campaban a sus anchas en aquel paraje, sin necesidad de rutas previas que guiasen su rumbo.

⁹ Glíptica: arte de tallar o grabar en piedras duras.

¹⁰ Iloa: esclavo.

Que el lecho del piso fuese de roca casi viva, además, facilitaba el tránsito de los caminantes durante los días lluviosos como aquel. Salvo una leve capa de lodo resultado del polvo acumulado por el viento y el tiempo al mixturarse con la lluvia, la superficie se hallaba limpia, algo que de seguro no podría decirse de los caminos al pie de aquellos montes. El agua llovida adelantaba a los caminantes a lo largo de la cuneta que habían ejecutado aquellos ingenieros ingeniosos donde el camino se unía con la montaña. Así, los caminantes se veían con dos cursos de agua a ambos lados: uno pegado a la ladera por sobre la cuneta, a su altura, y otro muchas brazas por debajo, en el cauce del río saltarín y ruidoso.

Aún no se había adueñado la noche del cielo cuando el relieve comenzó a suavizarse. Otearon en la distancia algunas luces que anunciaban la presencia de un lugar donde pasar la noche, a poco más de una versta¹¹ del lugar donde se hallaban. Se animaron y apresuraron sus pasos. El agua caída sobre ellos amenazaba con fundirse con su sangre de tanta como tenían ya sobre sus cuerpos y todos ansiaban un lugar caliente, si no seco, donde pasar la noche. El camino se embarraba a medida que se acercaban a la aldea. Cuando encontraron lo que parecía ser una fonda, el lodo que no existía en el camino de montaña les había salpicado y cubierto hasta las rodillas. Se detuvieron bajo el alero que sobresalía antes de cruzar la puerta, que se mostraba ante ellos cerrada. La puerta tenía un ventanuco enrejado que tampoco se hallaba abierto. Todos pensaban en lo escuálido de sus bolsas, pero finalmente Córnel vio demasiada fatiga en las caras de sus amigos y, sin decir nada más, abrió la portilla y se adentró en el interior de la posada. El resto le siguió con rapidez, y en nada todos, Dominó incluido, se encontraban sentados a una mesa. Fuera quedaron por el momento la lluvia y el cansancio.

El interior de la posada era sorprendentemente pulcro y ordenado para un establecimiento tan modesto en tan modesto villorrio, y tenía más clientela de la que podía esperarse. Había seis mesas de madera de nogal sin tratar, con bancos de talla baja, dos de ellas más grandes que el resto. En ellas parecían colocarse los parroquianos vulgares que estaban pasando el rato en compañía de algún licor antes de marchar a sus casas, jugando a dados, al vitaro¹², o simplemente conversando

¹¹ Versta: unidad de longitud, equivalente a unos 1050 metros. Véase APÉNDICE 7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.

¹² Vitaro: juego de mesa. Véase APÉNDICE 3. SOCIEDAD - HISTORIA – LENGUAJE.

animadamente. El murmullo de las charlas, con alguna interrupción de una risotada o golpe sobre la mesa, se imponía en la estancia. Dos de las otras cuatro mesas se hallaban desocupadas, y los compañeros se situaron en una de ellas, la más alejada de la puerta. La distancia protege de las sorpresas. La luz dominaba el lugar, gracias a cuatro tederos¹³ de pie, de un latón envejecido, y a varios hachones del mismo metal en las paredes. En la esquina noroeste del edificio, un hogar aportaba un calor que ya se hacía necesario dado lo avanzado del día y de la estación, a las puertas del ciclo Senescente.

El posadero, un hombre grueso y paticorto, se adornaba con un mandil tachonado de restos de comida y en su mitad superior se hallaba envuelto por una tripa que avanzaba un palmo por delante del resto de la persona. Poseedor de una franca y amplia sonrisa en la que se apreciaba la falta de varios dientes, les atendió con rapidez, tomando nota del pedido en su memoria sin pedirles antes que le pagaran, como era habitual con los desconocidos. Mientras preparaban la comida, aquel hombre y su barriga les llevaron una jarra de vino caliente especiado con azúcar moreno, manzanilla, jengibre rallado, clavo, miel y piel de limón, otra jarra con agua fresca del río Breve tomada de un manantial cercano y tres pocillos de cerámica para servirse, además de un plato de grueso fondo para Dominó. No habían acabado la primera ración de aquel vino cuando el mesonero les llevó la comida. Cuatro platos repletos de una marmita con patata, carne de buey, berza, panceta de puerco, chorizo picante de jabalí y habas del tamaño de uvas para que calentasen y colmasen sus estómagos, con la sorpresa añadida de que les dejó en la mesa la cazuela a medias con la que podrían servirse una nueva ración si así lo deseaban. Les aclaró con un guiño que toda la cazuela estaba incluida en el precio. Medio cochinitillo recién salido del horno acompañaba al cocido, rodeado de colinabos, chirivías, cebollas negras, patatas, ajos, comino y aderezo de hierbabuena y tomillo, y un baño de aceite de oliva y brandy. Para finalizar la cuantiosa cena, su anfitrión posó sobre la mesa, en una tabla de madera de castaño añejo pulida por el uso, un pedazo enorme de queso blando, de color azul y cenizo, de olor fuerte, que podía untarse en el pan ácimo suministrado junto con el cocido. Un cuchillo ancho con el filo mellado aguardaba al lado del queso a ser usado para extenderlo sobre el pan. El aroma casi hace marearse a Lenn, poco habituado a quesos de tal catadura, típicos

¹³ Tederero: pieza de hierro sobre la que se ponen las teas para alumbrar.

de los lugares de montaña como en el que se hallaban, pero inhabituales en las mesas de los lugares más conocidos y poblados que Lenn había frecuentado durante toda su existencia.

Durante el tiempo que duró la comida, no hablaron, pues la gazuza se imponía a la conversación, y solo fueron iniciando su charla a medida que fueron acabando sus raciones. Probaron el cocido y luego atacaron el cochino, hasta acabar con él. Luego repitieron tantas veces de la cazuela de barro como deseó cada uno, hasta que casi se pudo ver el fondo. La vaciaron definitivamente en el plato de Dominó, quien devoró el nuevo lote sin demora. Dejó únicamente restos del caldo espeso goteando de las barbas de su hocico, lamiendo el plato con aparente deleite.

—Sería el hambre o el agotamiento, pero cierto es que no recuerdo un plato que me resultase tan sabroso como este sencillo, aunque repleto, cocido que acabamos de comer. Y ¡qué decir del asado! —Anna ni había llegado a comer del queso, no por los remilgos de Lenn acerca de su fuerte tufo, sino porque se sentía ya ahíta antes del postre—. No creo que haya muchas cocinas nobles que tengan comida tan buena como la de esta posada. Al menos no entre los platos que preparaba Adrien, allí en El Hayal, que es la mejor comida que mis ojos han visto y mi lengua ha probado.

—Bueno, Anna, yo podría hablarte de grandes delicias que he tenido la suerte de paladear. De los dulces de Jacins, el cocinero de El Risco, que pude probar allá en Molienda. De los pasteles de frutas de las tierras de Viñavén, dulces como los rayos del sol, o de...

—Bien, Lenn, es suficiente —Córnel parecía divertido, por vez primera en muchos días—. Tú has probado las delicias que se sirven en las mesas de los nobles, mientras gentes como Anna o yo, nos hemos tenido que contentar con cocidos como este, que valoramos tanto o más que cualquiera de esas exquisiteces.

—Bueno, tendrás que comprender que estómagos como el mío no se hicieron para cosas como... como este queso, por ejemplo. ¿De verdad esto es queso? Se diría más bien que es grasa para untar en el calzado, o en las pieles de los jaeces de las caballerías, para que se conserven y pasen mejor el duro invierno. Y si hablamos de cómo huele... —Hizo el gesto de taparse la nariz, con un evidente usgo¹⁴ pintado en su cara.

—Está claro que procedéis de mundos distintos —Anna se reía, algo raro en ella, como una niña, al observar y comparar entre sí a sus

¹⁴ Usgo: repugnancia, asco.

compañeros de mesa—. Lo que no me explico es cómo acabasteis juntos en aquel campamento, en aquel ejército.

—Yo tampoco.

—Yo tampoco me lo explico —Córnel acariciaba a Dominó, y al leer en sus amigos el cansancio provocado por la larga caminata del día que terminaba, reparó en lo que más convenía y en lo avanzado de la hora. Se levantó de la mesa—. Voy a hablar con el posadero, a averiguar lo que nos cuesta pasar la noche aquí.

Debió lograrlo, pues en poco tiempo, retornó Córnel a la mesa sonriente y aparentemente relajado, como solo puede lograrse con la sensación del deber cumplido. Traía consigo una jarrita de hidromiel con la que llenó hasta el borde los tres pocillos antes plenos de vino. Alzando el suyo, propuso un brindis mudo, al que el resto se aunó, apurando el licor de un solo trago, lo que les calentó aún más su estómago, y a Lenn le hizo toser hasta casi vomitar lo recién ingerido. Tras alguna arcada, logró contenerse.

—Vamos a pasar la noche en el granero de al lado, donde este amable hombre nos va a preparar un lugar donde reposar. Descansad, pues mañana habrá muchas leguas por delante.

Tal y como lo dijo, Lenn pensó que el propietario de la fonda era algún conocido suyo, de sus andanzas por Homeria haciendo y deshaciendo líos, agravios, magias y pendencias. Algo debía suceder, pues para poder costearse todo lo que habían comido y bebido, además de la cama para esa noche, no tenían suficiente ni entre los tres: el pago sería de al menos un sol¹⁵, probablemente más. Pero nada dijo. Se levantaron de la mesa. Córnel palmeó en el flanco a Dominó, para que él también se alzase del piso en el que estaba tumbado y les siguiera hacia la puerta que conducía al granero que sería su alcoba esa noche. Era un edificio destartado en su lado más septentrional, donde el tejado de hebras de paja sobre vigas de madera aparecía derruido y permitía la entrada de los restos de la lluvia que aún lloraban las nubes, a la par que una corriente de aire gélido e incómodo. Dominó se ubicó ante el portón atrancado desde el interior con un madero enorme que había apilado contra la pared, en un remedo de guardia innato en él, y posó su enorme cabeza sobre sus zarpas cruzadas ante el hocico. Era imposible determinar si sus ojos se cerraron para refugiarse en el sueño aliviador,

¹⁵ Dinero, peso, sol, real, cuarto, blesi: unidades monetarias. Véase APÉNDICE 7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.

o si se mantuvieron abiertos y vigilantes tras aquella cortina de pelo. En todo caso, a Lenn le aportaba más tranquilidad ver allí a Dominó que cualquier otro elemento de protección que pudiera hallarse en aquel semiderruido edificio. Con aquella calma en su ánimo, se dispuso a pasar la noche lo mejor que pudo. Antes de que Visi¹⁶ se hiciera con él, Lenn pudo oír la respiración de sus compañeros en manos de la diosa de los sueños, hasta que finalmente él también cayó en sus redes y se durmió.

El soniquete aviario despertó a Anna antes que a ningún otro, pero se quedó un tiempo tumbada sobre aquel fino lecho de heno un rato más. La luz ya había entrado a raudales por la parte destrozada del granero, pero en su zona, aún la penumbra mantenía a los durmientes en una agradable semioscuridad. Era suficiente para que, desde donde se hallaba, Anna pudiese observar con tiempo y detenimiento a sus compañeros, sobremanera a Córnel, el que se hallaba más cerca de ella.

El corpachón de Córnel, una braza y medio pie¹⁷ de fornido guerrero allí tirado, con la capucha puesta como si de una almohada se tratase, respiraba aquietado, al ritmo de su corazón. Anna no recordaba haber visto en su rostro una tranquilidad como la que podía percibirse en aquel momento, en aquel lugar, en aquella situación, en aquella incertidumbre en la que Córnel parecía haber nacido de tan habituado como estaba a ella. O no soñaba con nada, o lo que Visi le estuviera narrando a su cerebro durante aquella breve estancia en su palacio era tan agradable como apacible. El fruncir usual en su ceño durante el sueño había desaparecido, y su frente se veía lisa, sin inquietudes, sosegada. Se le veía feliz, si aquello fuera posible. Anna sabía que Córnel guardaba para sí algún secreto que no compartió con ella cuando le contó su historia, pero nunca quiso apresurar los acontecimientos. Sentía que ambos tendrían toda su vida para compartir sentimientos, historias, lugares, recuerdos y futuros. Alguna vez, amigas le habían hablado de que ellas sentían algo parecido a lo que inundaba todo su ser en aquellos momentos. Pero sus palabras se referían a algo diferente: le habían relatado lo apuesto de sus mozos, los presentes recibidos, las posibilidades de su vida si casaban con ellos, el goce mutuo cuando compartían lecho o caricias en algún lugar se-

¹⁶ Visi: diosa del sueño. Su símbolo es ojo dentro de una luna. Véase APÉNDICE 6. RELIGIÓN – DIOSES.

¹⁷ Pie: unidad de longitud, equivalente a unos 0,25 metros. Véase APÉNDICE 7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.

creto... Nada de aquello describía fielmente lo que ella sentía, aunque alguna similitud entre las confesiones recibidas y sus actuales emociones sí podía encontrar. Desde hacía tiempo Anna se sentía cautiva de Córnel, de su presencia ruda y atrayente al tiempo, de sus palabras atinadas, sabientes y pausadas, de sus miradas, por furtivas y contadas que estas fueran. Advertía en su interior que le resultaría indiferente qué rumbo tomase Córnel, qué hechos ignominiosos hubiese protagonizado en el pasado o fuese a protagonizar en el futuro. Si él sentía algo parecido, ella iba a querer estar a su lado.

El día se desperzaba al tiempo que los viajeros y, cuando iban a iniciar la marcha, se encontraron con la agradable sorpresa de que el posadero les había dejado una bolsa con comida para continuar el viaje, o para iniciarlo, colgada de la puerta por su cara exterior. A la salida de la aldea, en una zona donde el río Breve se aproximaba a las casas, se lavaron y desayunaron en medio de un buen humor general con aquel inesperado regalo: queso fresco, nueces y arenques en salazón, con pan del día anterior.

La lluvia había cesado durante la noche y el único rastro que había dejado era el lodo en el camino que, alejándose del terreno montañoso, aumentaba su presencia a cada paso y dificultaba el avance, convirtiéndolo en calmado, pausado, lento. No charlaban. Ni aun Lenn se atrevía a romper el silencio y el bardo caminaba junto a Dominó sin detenerse.

Así era la vida de los fugitivos por partida doble: huían de la justicia del conde y por añadidura de su ejército, que los trataba como traidores. Casi un ciclo hacía ya de su fuga, de su partida del Hayal, y no veían en un horizonte cercano que aquella evasión tuviese próximo su fin.

La lucha entre dos de los señores más poderosos de Homeria, el duque Will Ferrison de Furtivelia y el conde Frey Mongaut de Otonomia, continuaba desarrollándose según el latir de su propio pulso, impregnando tierras y familias del hedor de la muerte. Mientras tanto, ellos cuatro, humanos y cánido, partícipes ocasionales de la contienda, habían huido tan pronto pudieron. Ni la guerra lograba hacer olvidar al conde Mongaut sus ansias de acabar con Córnel y con todo aquel que le ayudase. Una vez descubierta su identidad, Córnel De Braas, mago, guerrero, prófugo, sanador, culpable único de su desgracia y su manquedad, criminal máximo en todo el condado, no pudo hacer otra cosa

que escabullirse de aquel ejército en el que había intentado camuflarse. Y desde allí, alejarse para siempre.

Córnel llevaba consigo aquella condena sin remisión. El resto, lo hacían contaminados por su compañía. Prófugos y desertores, eso eran. Y como tales vivían.